

Breve Historia del Antipopulismo. Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri, de Ernesto Semán (2021)

Buenos Aires. Siglo XXI Editores Argentina, 280 páginas.

Reseña por Santiago Curci

Universidad de Buenos Aires, Argentina / Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Incluso en reconocimiento del carácter eminentemente ensayístico de *Breve historia del Antipopulismo*, hay un primer mérito que debería adjudicarse a la obra y es el intento por cubrir el bache existente en la historiografía del antipopulismo. Bache disimulado por los trabajos dedicados al antiperonismo, como advierte Semán en la introducción a su obra, pero restringido a unos pocos estudios de calidad.

Es esta carencia de un abordaje sistemático lo que permite al autor arriesgar que, en tanto el análisis socio-político se concentra en aquello que percibe problemático, la ciencia social y la historia transformaron al antipopulismo en sinónimo de normalidad¹.

Breve Historia... propone un recorrido histórico por los modos con los que las élites procesaron o intentaron procesar el acceso y el protagonismo de las masas (del plebeyismo, más específicamente) en la escena política argentina, trazando una cronología que va desde la Revolución de Mayo hasta el ascenso y final del gobierno encabezado por Mauricio Macri.

Para ello, Semán se vale del artificio secuencial gaucho-compadrito-cabecita negra-choriplanero como un recorrido por dos siglos de representaciones y percepciones de lo popular, encarnando sucesivamente las fuerzas irracionales o barbarie que era necesario encauzar y contener por parte de aquellas élites para acceder a la modernidad y la prosperidad.

Esta cronología del antipopulismo reconoce tres momentos, Prehistoria (de la Revolución de Mayo a la Ley Sáenz Peña), Historia (de 1912 a 1983) y Poshistoria (de la restauración democrática a 2019), y a ella nos introduce -con espíritu lúdico- mediante un anacronismo: la Argentina fue sediciosa antes de ser la Argentina.

¹ Una explicación del fenómeno semejante a la respuesta que ofreciera oportunamente Ernesto Bohoslavsky: *“La potencia de la agenda política y económica populista ha marginado historiográficamente a las ideas y las prácticas políticas de los grupos opositores, vistas principalmente como meras reacciones frente al único motor histórico relevante. Ello parece deberse a cierta naturalización que se ha producido en la literatura académica acerca de la oposición al populismo, entendida casi como un deber-ser, un imperativo ético, que no exigiría, en consecuencia, demasiada explicación o revisión historiográfica. Conocida tanto la abrumadora antipatía de muchos intelectuales por el fascismo como la asimilación de éste con los líderes populistas en las décadas de 1940 y 1950, de alguna manera sus posiciones han encontrado eco y validación en las ciencias sociales posteriores”* (Bohoslavsky, *Antivarguismo y Antiperonismo, 1943-1955: similitudes, diferencias y vínculos. Anuario N° 24 de la Escuela de Historia de Facultad de Humanidades y Artes*. Rosario: 2013, p. 74).

Como postas significantes, aparecen en este tránsito el temor inquisitorial por la contaminación religiosa (influencia “judaizante” de las flotas portuguesas) de la América hispana; la obsesión de las autoridades y élites de la Colonia con el peligro de ideas que fomentaran la sedición; la insurgencia de “un republicanismo radical que en 1810 imaginaba un sistema político inclusivo, pero también alguna forma de igualitarismo”; la barbarie caudillista como amenaza premoderna del nuevo orden, según la figura elegida por una parte de la élite heredera de la Revolución de Mayo; las tensiones al interior del pensamiento liberal argentino del siglo XIX y la influencia de la experiencia norteamericana; las transformaciones de la sociedad agraria, el auge de la ciudad, el fenómeno inmigratorio y el apogeo y caída del gaucho como expresión de la plebe; los intentos reformistas de la Generación del Centenario; la democracia arrabalera al compás de la irrupción yrigoyenista, su ambivalencia frente al conflicto social y el desprecio iluminista de las élites, que contribuiría a forjar la cultura política del antipopulismo romántico como antecedente de divisiones futuras; el golpe del 30 y el decadentismo conservador; el peronismo y la emergencia de las masas (con las fuerzas oscuras que ponían en peligro la armonía de la Nación saliendo de cauce y rompiendo equilibrios) en la escena política, en la expansión de derechos y el reparto de riquezas; las pretensiones desperonizadoras de la Libertadora; el peronismo lejos de Perón, la Guerra Fría y la radicalización de las izquierdas latinoamericanas; el fracaso de la gesta regeneradora de Onganía y la vuelta de Perón; la continuidades de la violencia estatal y su legitimación social entre el período 1973-1976 y ciclo iniciado con el golpe de Estado del 24 de marzo; la Dictadura y el consenso posindustrial como punto de partida para la construcción de un ciudadano neoliberal; la salida del terrorismo de Estado y el nacimiento de novedosas mayorías políticas que comulgan tanto con la libertad política como con la igualdad económica.

Finalmente, un breve repaso del derrotero alfonsinista, el populismo menemista, la fallida tercera vía aliancista, el regreso de la promesa inclusiva a cuenta del kirchnerismo y el triunfo del macrismo, caracterizado como una original victoria democrática de la derecha antipopulista.

En dicho recorrido, Semán no se exime de cierta vindicación del populismo latinoamericano y sus proyecciones inclusivas y democratizadoras, pero evadiendo cualquier acercamiento a una teorización del fenómeno populista. Aquí, una de las curiosidades de la obra, hablar del populismo sin definirlo.

Respecto a la lectura de tal cronología, plantea dos claves posibles. Una historia larga, la forma en que las élites imaginaron el lugar de las masas en la política desde 1810: un antipopulismo incluyente. Una historia corta, desde la crisis del modelo de crecimiento industrial (una crisis que nace con el propio modelo y se radicaliza con la Dictadura de

1976): las críticas valiosas al populismo pierden protagonismo y el antipopulismo se convierte en casi sinónimo del liberalismo argentino.

Corresponde destacar, también, las cinco ideas que orientan al trabajo en la problematización del antipopulismo: I) el nombre mismo de antipopulismo es engañoso, insinúa una reacción o rechazo a algo, pero ese rechazo no es más que el dispositivo interno de una visión política que sirve para producir una mirada orgánica totalmente autónoma de esa amenaza populista. Esta fórmula se ve desestabilizada por el peronismo, en tanto la amenaza plebeya deja de ser espectral. II) El antipopulismo se concibe como la lucha contra la presencia espectral del pasado, concepción que se presenta en dos dimensiones superpuestas. Primera, la decadentista, como una época dorada perdida por la irrupción de las masas. Segunda, aquella que advierte los riesgos de retornar a un pasado marcado por la política plebeya y las formas ominosas que van del campo a la ciudad. Esto es, la violencia por encima del consenso, las emociones por encima de la razón y la lealtad testaruda de las masas a los caudillos. III) El carácter transnacional del antipopulismo. IV) La idea de que las masas necesitan, en algunos momentos, una guía para evolucionar de fuerzas sociales a sujetos políticos. En ese imaginario, el presente es apenas un momento de confusión de las masas. V) El antipopulismo ha sido, sobre todo, el intento de producir un ajuste cronológico de la Argentina y una adaptación de sus consensos a los cambios ocurridos en el Mundo desde la década del ochenta del siglo XX.

Congruente con la intención de reconstruir una tradición a lo largo de 200 años, es en el período “prehistórico” que va de la Revolución de Mayo a Sarmiento, más precisamente en las celebraciones de Mayo, cuando Semán observa algunas de las características germinales que, sedimentando en el tiempo, permitirían reconocer una tradición antipopulista que se gesta en el siglo XIX, configura una identidad de múltiples aristas durante el siglo XX hasta su deriva reaccionaria en el presente: I] el patriciado y los grupos ilustrados como una élite que debe, en simultáneo, promover y contener -incluso, crear- una expresión popular para construir sentido de comunidad y espacio público; II] lo problemático de las referencias a un *pueblo*, que sugerían al conjunto de la población, pero se inscribía sobre todo en la *plebe*; III] el carácter externo y jerárquico que, en la construcción de las élites, adquiere lo popular y su homologación temprana con lo plebeyo; IV] una delimitación entre la racionalidad de los grupos dirigentes y las sensibilidades específicas, pasionales, del sujeto popular, como “una fractura disputada e inestable organizada alrededor de cómo sentimos y de qué importancia tiene esto en la conformación de un orden político”; V] el carácter espectral, indefinido y hasta ininteligible que irá adquiriendo lo plebeyo en la imaginería de las élites (un “rumor siniestro y ominoso”, en la cita elegida de Vicente F. López).

En este ejercicio, hay un segundo mérito para otorgarle al libro: no oculta ni pretende ocultar el carácter ensayístico del emprendimiento ni la voluntad de irrumpir en un debate político de absoluta actualidad, tal como puede apreciarse en la astucia semántica que implica evadir cualquier distinción entre antipopulismo y antiplebeyismo.

Por supuesto, desde una perspectiva estrictamente historiográfica y desde una rigurosa observancia epistemológica, tal carácter y la referida voluntad conllevan límites y riesgos difíciles de eludir.

Uno de los riesgos, considerando la fórmula de “largo plazo” utilizada en el libro, es la tendencia a idealizar sujetos y corporeizar tradiciones. En otros términos, el peligro de concebir agentes atravesando el tiempo sin mutaciones significativas, semejante al modo en que el revisionismo imaginaba sujetos traspasando el tiempo con relativa estabilidad y encontraba pugnas perennes entre tales sujetos desde el siglo XVI. Para el caso, caer en algún tipo de esencialismo a la hora de reconstruir lo que podría denominarse tradición antiplebeya (es para destacar la homologación que se establece entre antiplebeyismo y antipopulismo, homologación problemática que escapa al alcance de esta reseña).

Un peligro semejante se corre en la pretensión casi explícita de releer la historia argentina a la luz del antipopulismo contemporáneo y al antipopulismo contemporáneo a la luz de la historia argentina: una teleología donde cada episodio en la historia es leído en clave de una pugna permanente entre un pueblo y un antipueblo perpetuos.

Ernesto Semán busca escapar a todo esto al presentarnos una pluralidad de antipopulismos (no es un texto que encuentra una continuidad neta y transparente en la historia nacional, sino que abre interrogantes a partir de los matices de un devenir siempre sedimentado y rupturista), con un abordaje respetuoso de varias de estas expresiones antipopulistas.

Otro recurso del autor para eludir aquel riesgo es la estructuración interna del libro, que responde a una discontinuidad y se sumerge en lo más arraigado de la tradición ensayística local, esa que va de Sarmiento a Halperín Donghi, pasando por Martínez Estrada y Borge. A esa tradición remite el modo de trabajar el problema (el largo linaje que encadena las representaciones antipopulistas de la multitud) y recuperar a los principales herederos. No sólo como unidades de análisis, sino de los que se extraen claves analíticas, conceptuales, herramientas metodológicas. Si el libro, por contenido, es anti-antipopulista, eso no conlleva que se trate de un alegato populista (de hecho, toda esa tradición destaca por su ausencia). Y por sus formas, por el modo en que está estructurado, recoge lo mejor de la tradición ensayística antipopulista².

² En esta línea de reconocimiento al doble uso que realiza Semán de la tradición ensayística antipopulista, recuperando a Sarmiento y sus “herederos” no sólo como unidad de análisis, sino también para estructurar su obra conceptual y estéticamente, se expresaron Julián Melo y Sebastián Giménez en la presentación del Seminario General Nro. 3 de la Diplomatura en Estudios Sobre Populismo e Identidades Políticas de la Universidad de Chaco Austral.

Según los términos elegidos por el autor para su Introducción, “la pregunta central de este ensayo es cómo, en el último medio siglo, una forma específica de antipopulismo, de carga liberal y conservadora, se impuso sobre las restantes”. Sin embargo, el itinerario por el que Semán nos guía obliga a otras reflexiones de una densidad no menor. La dimensión de lo popular en la historia, la distinción entre lo popular y lo plebeyo en el transcurso del tiempo, la especificidad del populismo como una manera precisa de inserción o participación de las masas en la escena pública, qué es aquello que sedimenta como para poder referir a una misma identidad en un período de 200 años sin resignar la pluralidad de expresiones que el mismo Semán le reconoce al antipopulismo y sin soslayar el carácter situado en tiempo y espacio del fenómeno identitario, cuáles y cómo son las fronteras entre el populismo y el antipopulismo o entre lo plebeyo y el antiplebeyismo, si puede existir el antipopulismo más allá de un populismo que lo constituya, etc.

Si existe una referencia omnipresente en la obra es, no casualmente, el ascenso y caída del macrismo como experimento antipopulista y su ligazón con los discursos antipopulistas precedentes. Junto a ello, la preocupación por la deriva contemporánea del antipopulismo, en su formato excluyente y de cuño conservador, amenazando el consenso democrático que ordena nuestro régimen político desde 1983. Vale decir, al sentido fundante de tal consenso, la dimensión social e igualitaria de la democracia.

Podrá decirse que esta preocupación lo aleja del debate historiográfico local presente, más preocupado por la normalización de los estudios sobre peronismo y antiperonismo, y lo ubica más cerca de las actuales polémicas de la teoría política anglosajona sobre el fenómeno populista. No obstante, como bien advertirá el lector, *Breve Historia del Antipopulismo* convida a pensar y repensar relaciones del pasado, enfrentando los obstáculos epistemológicos y las tentaciones políticas que el autor no desconoce y aborda según aquella premisa de Christopher Hill por la cual “cada generación debe volver a escribir la historia porque el pasado no cambia, pero el presente sí”³.

³ De tal enunciación se vale el historiador Gabriel Di Meglio, investigador y actual Director del Museo Histórico Nacional, para ilustrar cómo “*la agenda del presente te hace mirar otras cosas y por lo tanto visitar documentos de otra manera*”. (Entrevista a cargo de Jorge Fontevecchia, Perfil, 9 de julio de 2021). <https://www.iade.org.ar/noticias/el-plebeyismo-argentino-es-anterior-al-peronismo>